

ría de todo punto irreparable; pero lo que lo es casi sin remedio alguno, es que la sociedad degenera inevitablemente, y aun queda ya emponzoñada en sus principios, tan pronto como la mujer ha perdido el lugar que le es propio.

¿Es posible que haya alguien que no comprenda esto? Si estas vías perniciosas sobre la vocación de la mujer son actualmente difundidas por todas partes por la opinión pública y cultivadas sistemáticamente, ⁽¹⁾ casi estamos autorizados á creer que hay en esto, no sólo ceguedad, sino cálculo. Porque aun los pueblos más groseros comprendían que las virtudes domésticas de la mujer tienen gran importancia para la vida pública. ⁽²⁾ La obligación de aquellos pueblos que quieren pasar por civilizados, consiste en darse cuenta de que la mujer no tiene más empresa social que el cuidado de su casa.

El que vea en este principio un rebajamiento de la importancia social de la mujer, que se calle cuando se hable de la cuestión social. Hablamos de la empresa social de la mujer, y no de los medios por los cuales puede mejorar su situación económica.

Si se trata de estos últimos, nos adherimos de todo corazón á los que quieren remediarla. Y aun pensamos que nuestra generación, creyendo que la mujer ha nacido para padecer y callarse, da prueba de poca inteligencia en lo referente á la situación verdaderamente triste de la mujer en la sociedad actual. Pero ¿contra quién ha pecado más el industrialismo moderno que contra la mujer? No hablamos aquí del irritante rebajamiento de la mujer como obrera de fábricas y minas. Basta ya indicar que, con la fábrica, se le han arrebatado centenares de trabajos de los cuales vivía antiguamente la mujer. Los que se le han dejado deberían ser mejor pagados; pero, por lo contrario, se le ha disminuído su salario por manera inhumana. No podemos comprender cómo, en presencia de estos

(1) Cf. tomo I.

(2) Riehl, *Die Familie*, 89.

hechos, tienen los obreros valor para decir que se les dan salarios para impedir que se mueran de hambre. No; entre ellos, sólo la mujer tiene la gloria de sufrir pacientemente. Con frecuencia el salario que recibe por trabajos sin fin no puede llamarse un salario que impida morir de hambre, sino un salario que hace morir, y, lo que todavía es peor, un salario que provoca la tisis. Preciso es poner remedio á esta situación.

Pero el remedio debe ser tal, que impida á la mujer abandonar su casa. El orden doméstico es la empresa primera fundamental é indispensable para el trabajo social. En este trabajo, no sólo la mujer es la primera y la mayor parte, sino que no puede ser reemplazada. Si bien al hombre pertenecen otras empresas más brillantes, más deslumbradoras, y, en apariencias, más honrosas, no es más elevado en valor moral ni en valor social. Afirmamos rotundamente que, en la sociedad, no hay categoría ni valor. Sólo carece de valor el que no ocupa su puesto; pero el que cumple su misión, grande ó pequeña, ora sea glorificado, ora pase inadvertido, tiene valor á los ojos de Dios y de la sociedad como parte del todo y como causa cooperadora de la actividad próspera de todas las partes. El mecanismo político y el número de ramas del trabajo social pueden proporcionar más honor al hombre á los ojos de los que sólo juzgan por las apariencias externas; pero el que es capaz de reflexión, confesará que la actividad social de la mujer es más útil, necesaria y honrosa que la mayor parte de los asuntos que procuran al hombre gloria y honor. Suprimamos centenares de éstos; la sociedad existirá siempre llena de vida; pero si se arruinan la casa y la familia, se habrá dado buena cuenta de la sociedad. Ahora bien, lo repetimos, la casa está en manos de la mujer.

¡Plegue á Dios que pueda siempre responder con el siguiente proverbio á todas las tentaciones de mezclarse en otras esferas de actividad que le son extrañas:

«Las mujeres que edifican la casa, son las que permanecen en ella, y no las que siempre están fuera!»

Bien aplicado, bastaría este principio para garantizar su dignidad y la sociedad al propio tiempo. Porque, construyendo la casa, edifica la sociedad. Mientras que el hombre debe salir diariamente en busca de nuevos medios de adquisición para procurarse nuevas posiciones, para ponerse en relación con nuevos asuntos y nuevas personas, la mujer es en la casa la guardiana de las costumbres y de los principios morales y religiosos, que, en definitiva, dominarán por completo la vida pública. A pesar de toda la charlatanería sobre la inutilidad de la fe y de la religión, estos principios son los que dominan toda la vida pública. Pero si las mujeres empiezan á engolfarse en las cosas externas y les falta el espíritu de conservación, la sociedad perderá su punto de apoyo y correrá á su ruina.

De aquí que la solución de la cuestión social dependa principalmente de la educación de la mujer. La formación falsa de las jóvenes, tan en boga hoy día, es, sin la menor duda, una de las causas principales de nuestra miseria. No hay necesidad de pruebas para comprender que no puede ser una bendición, ni para la familia, ni para la sociedad, que se formen, con una educación superficial, jóvenes presuntuosas, tercas, ligeras, jóvenes de cuyo corazón se arrebatara muy pronto la delicadeza virginal, jóvenes que jamás han sabido cerrar la boca, jóvenes sin modestia y dominadas por la curiosidad de conocer todos los peligros que les amenazan. ¿Cómo esas medio sabias, que se consideran felices porque saben escribir, esas mujeres-hombres, maestras en ejercicio de natación y de gimnasia, podrán apreciar las virtudes sociales con que la mujer realiza tan grandes empresas, como son el gusto por la vida interior, el amor al trabajo, la economía y, ante todo, la predilección por las cosas pequeñas que constituyen su mayor encanto? ¿En dónde encontrar todavía mujeres que sientan y comprendan todo esto? Si jóvenes de imaginación exaltada juzgan de buen grado por lo que brilla, nadie debe censurarlas; pero que los padres—allí donde pueden todavía escoger—envíen á sus hijos á esas

especies de mataderos, cuya enseñanza asesina el corazón, con preferencia á la escuela de personas sensatas; que hasta obliguen á esos establecimientos, que hubieran podido todavía educar á los jóvenes para hacerlos capaces de alguna utilidad en la vida, las escuelas de las Órdenes religiosas, á unirse al delirio general por la ciencia de relumbrón y la virtuosidad de mala ley, es prueba de que hemos perdido por completo la noción de nuestra empresa en lo referente á la vida práctica social. En la Edad Media, una de las principales cualidades que se exigían de una joven honesta, consistía en saber hilar un hilo fino, de modo tal, que no tuviese defecto alguno. El regalo más conveniente para una mujer era una rueca y un alfilerero. Sobre su tumba grabábanse unas tijeras. ⁽¹⁾ Pero no por esto se descuidaba la formación intelectual; y así, en la Edad Media, con frecuencia eran las mujeres superiores á los hombres en el conocimiento de las lenguas, en el arte de escribir, de dibujar y en otras bellas artes. ⁽²⁾ Sin embargo, todo esto era mirado como medio encaminado al fin. Ahora bien, el fin para el cual se las educaba consistía en la vida, y la vida casera, no obstante todos los cantos melódicos y los arrullos de los poetas.

Si, según la antigua manera de concebir las cosas, queremos decir en qué consiste la empresa principal de la mujer en la vida, y cómo debe procurarse educar á las jóvenes, desde la más temprana edad, podemos hacerlo en dos breves palabras: trabajo y economía.

De aquí el principio pedagógico con el cual podemos sustituir centenares de gruesos volúmenes sobre la educación de la mujer: «Las jóvenes deben saltar tres setos para coger una pluma». ⁽³⁾ ¿Saltar tres setos por una pluma?—se dirá.—Sí, no plumas con las cuales se escriben novelas, sino plu-

(1) Schulz, *Das höfische Leben zur Zeit der Minnesänger*, I, 149 y sig.

(2) Weinhold, *Die deutschen Frauen* (2) I, 121 y sig. Schulz, *ibid.*, I, 125, 149.—Lecoy de la Marche, *La société au XIII siècle*, 189 y sig.

(3) Körte, *Sprichw. der Deutschen* (2), 5030. Difere un paso de Wander, *Sprichwörterlexikon*, III, 310 Nr 34.

mas con las cuales se hacen colchones. ⁽¹⁾ He aquí la verdadera gimnasia que conviene á las señoritas; y también aprobaríamos á todos los jóvenes que jurasen no casarse con una joven, hasta que no hubiese terminado con aprovechamiento este curso de gimnasia.

Todo consiste en esto. Desde, que con todos sus ejercicios físicos, nuestras jóvenes son tan muelles y ridículas; desde que, por causa de haberlo estudiado todo, son tan sabias, que se salvarían si se les vertiese sobre la cabeza un tonel de plumas, los maridos y los niños andan muy mal. Por cuanto no se les ha enseñado desde el principio á buscar su felicidad, toda su vida es una peregrinación para buscarla, sin que puedan dar con ella. ¡Qué desgracia que los miramientos y cuidados de que se rodean á los niños ayuden únicamente á buscar la dicha, pero no á producirla! ¡Ah, nuestros padres y nuestras madres mostraban más prudencia, al mimarnos menos y al aferrarnos al trabajo, sin consultar nuestros gustos! Pensaban que, si aprendíamos algo serio, nos convencería más tarde la experiencia de que sólo para nuestro bien nos habían educado para el trabajo. En aquel tiempo, se decía: «Cuando el trabajo guarda la casa, no entra en ella la pobreza». «El arte busca pan, y lo encuentra». Así es como antes se enseñaba á conseguir la dicha.

Y cuando los niños preguntaban cómo conservar lo existente, se les contestaba: «Economizar es ganar; bien economizado, es un bien adquirido». ⁽²⁾ Se enseñaba esto especialmente en la educación femenina. El hombre lleva á la casa; la mujer conserva y aumenta lo que el hombre aporta á ella. Lo que la mujer economiza es tan bueno como lo que el hombre gana. ⁽³⁾ Pero si ella no ha aprendido este arte,—y es difícil aprenderlo á cierta edad—la mujer saca de la casa en su delantal más que el hombre conduce á ella en un carro. ⁽⁴⁾

(1) Körte, *Ibid.*, 1638.—(2) *Id.*, 7009, 7014.

(3) *Ibid.*, 1839. Wander, *Sprichwörterlexikon*, IV, 658, n.º 11.

(4) Körte, *loc. cit.*, 1838.

Constantemente nos lamentamos de que los tiempos son malos, y, ciertamente, son duros; pero nuestros padres tampoco vivieron en una situación paradisiaca, y, no obstante, atravesaron la vida honestamente, y aun nos dejaron después de su muerte algo no despreciable.

Nadie nos hará creer que tiene el tiempo la culpa de que hayamos perdido los bienes que heredamos, que nada hayamos ganado nosotros mismos, y que hayamos consumido por adelantado lo que debía pertenecer á nuestros hijos. Procuremos siquiera poner de nuevo seriamente en práctica los dos medios con que nuestros antepasados salieron de apuros, con tantas más dificultades cuanto que los tiempos eran peores, y enseñémoslos á nuestros hijos desde su más tierna edad, sobre todo á nuestras hijas. Entonces, todavía hoy, sin duda alguna, á pesar de las más difíciles situaciones, reaparecerá en toda su verdad este notable proverbio:

«El trabajo y la economía son los dos medios que os harán seguramente ricos».

15. Perspectivas de lo porvenir.—¿Se mejorarán los tiempos? Difícil es profetizarlo, cuando uno no es profeta. Hace ya mucho tiempo que se hace esta pregunta todo el que vive en la realidad. Hace ya varias decenas de años que un poeta, que no pertenece al Cristianismo, le ha dado una respuesta que recordamos, para su salud, á nuestra época:

«Hace mucho tiempo que se siembran vientos para recoger tempestades. Sin embargo, todavía no es demasiado tarde para abrir un camino á la salvación futura. Sin duda que las aguas se han amontonado; el diluvio aparece en lontananza, y caerá sobre nosotros. No obstante, todavía hay un medio: construir el arca que salve á Noé y á los suyos». ⁽¹⁾

Conocemos la única arca que puede salvarnos; los antiguos y eternos principios del derecho y de la moral. Pero, para reunirlos, para que nos protejan contra el diluvio,

(1) Jordan, *Demiurg*, III, 177 y sig.

preciso es tallarlos exactamente de conformidad con los mandamientos divinos, y formar con ellos un todo. El desencadenamiento de los vientos y de la tempestad es actualmente formidable, pero, como es de prever, adquirirá todavía más violencia. Para resistirle, preciso es que en la tempestad nos ofrezcan seguro refugio.

CONFERENCIA XXVI

MEDIOS JURÍDICOS Y SOCIALES DE SALVACIÓN

1. «Cicero pro domo».—Cuando por primera vez abordamos las cuestiones que dilucidamos aquí, buscábamos en la semioscuridad, con vacilante corazón y manos temblorosas, un camino casi impracticable á través de la maleza, temiendo á cada momento herirnos con las espinas, ó encontrar la muerte al pisar una víbora oculta.

Así eran las cosas hace un cuarto de siglo. ¡Cómo se ha cambiado todo! Lo que era antes bosque espeso es hoy carretera abierta. Los que un día se hubieran complacido en acusarnos, ante la autoridad eclesiástica y civil, de temeridad, de demócratas sociales y demolidores de lo existente, nos dicen hoy, con las más amargas frases, que nos hemos quedado rezagados en el movimiento, que no concebimos que el porvenir pertenece únicamente á una autoridad, á la del pueblo soberano, que estamos en peligro de paralizar con nuestro espíritu conservador el progreso del movimiento, y de entregar con nuestra oposición al marxismo, los intereses de los explotados á los explotadores.

Este cambio tiene para nosotros una gran ventaja. Muy lejos de desanimarnos ó molestarnos, consideramos precisamente á nuestros más avanzados acusadores como nuestros más estimados cooperadores. Prescindiendo de que su intención sea buena y sincera, nos obligan á proceder con más solícita atención y á pensar con más calma; y con las afirmaciones que nos oponen hacen que encontremos más fácilmente los medios justos. El que con ojo avizor y co-